
CAPÍTULO XVIII

VIAJE DE PALOS A CANARIAS

QONVIRTAMOS los ojos al comienzo del viaje. El pueblo perdió pronto las carabelas de vista por lo sinuoso de la costa; mas el franciscano Fray Pérez y sus compañeros las observaron tres consecutivas horas en el Océano, hasta que una distancia larga borró sus líneas tras la línea del horizonte sensible. Á las primeras singladuras, avistaron estos buques, portadores de tantas promesas para lo porvenir, otros buques portadores de odios y de rencores provenientes de lo pasado. Con efecto, una de las últimas naves que transportaban allende los judíos expulsos de nuestra España por la intolerancia religiosa, personificada en el odioso Tribunal de la Fe recién establecido, cruzaba cerca de la flota ida en pos del Nuevo Mundo para renovar la creación y ofrecer un seguro al principio de la humana libertad renaciente y un templo al Dios de la conciencia redimida. Como si el sol

no saliera para todos; como si á todos el cielo en sus designios no nos hubiera hecho iguales: ¡ah! la maldita reacción cometía uno de sus enormes inútiles crímenes á la misma hora en que surcaba el genio de la libertad los mares buscando y requiriendo la tierra indudablemente surgida para ofrecer su espacio inmaculado á todos los ideales del progreso. En sus miras estrechas, los poderes directores de la Edad Media negaban el aire y el fuego á los judíos al instante de abrir la nueva creación á la nueva sociedad, según su plan providencial destinada por Dios á concluir por medio de sus inmortales puritanos con todas las intolerancias y á sumar por medio de sus repúblicas un territorio infinito á las modernas democracias. Mientras las naves impelidas por el soplo abrasador de la Inquisición llevaban su cargamento humano al suelo de África, donde reina todavía la fatalidad musulmana; las naves impelidas por el soplo creador de una nueva idea iban á traer con una inconsciencia y una indeliberación sublimes al escenario de la Historia el continente de la idea progresiva inspirada y animada por el Espíritu Santo de la libertad. Colón tomó el derrotero hacia Cádiz y desde Cádiz hacia Canarias. Puesta la proa de su nave capitana con certera y firme resolución á Occidente, descendió al camarote y comenzó su *Diario*. Alma religiosa, inscribe al comienzo de tan excelso memorial, como letras primeras, el sagrado nombre de Cristo. Y hecho esto, invocado así el protector divino de su empresa, enlaza la obra que acomete con las obras que le han precedido, y cual si viera por adivinación intuitiva de qué

suerte misteriosa iba el género humano á unir con la toma de Granada el descubrimiento de América, refiere cómo vió brillar la cruz traída de Toledo en el torreón de la Vela, y despedirse los Reyes moros de su edénica ciudad vencida, prestando acatamiento á los Reyes cristianos que coronaban en aquel minuto supremo la unidad española. No sé quién ha tachado la Introducción al *Diario* de fantaseadora y enfática por estas reminiscencias, cuando no hay cosa que determine á las grandes empresas para lo futuro como las grandes empresas intentadas y concluidas en lo pasado. La invocación al Catolicismo y la invocación al Rey habían de acompañar todo descubrimiento, porque se necesitaban entonces aquellas dos grandes unidades, como dos núcleos á cuyo centro reunir el semillero innumerable de territorios nuevos en el globo terráqueo y la constelación luminosa de almas nuevas en el espíritu humano. A la Iglesia tenían que pedir ideas los descubridores para educar los hombres nuevos y á la Monarquía fuerzas para someterlos, dado aquel minuto de los tiempos, aquel término de la serie, aquella fase de la universal evolución histórica. Por medio de intuiciones veía todo esto Colón y colocaba su obra increíble so los sendos amparos de la Religión y de la Monarquía. Pero seguidamente recuerda y fija el objeto de su expedición. Y, al fijarlo, evoca la sombra que llena todos los caminos del Oriente, la sombra de aquel gran Kan, rey de los reyes y señor de los señores, quien, desde su áureo palacio erigido en el fondo de Tartaria, pidiera mil veces el bautizo cristiano, que iba en este momento á encon-

trar por virtud y obra del viaje, cuyo dietario él comienza, y que no es el antiguo viaje á Oriente por tierra, sino por mar, y por un mar hasta entonces de nadie conocido ni surcado. Y en seguida, entre todos estos espléndidos horizontes de ideal y de todas estas reverberaciones de gloria, surgen (dejaría de ser hombre Colón si alguna debilidad no le aquejase) los dos demonios de su vida, el deseo de lucro y el deseo de mando. Y así, recuerda que le han permitido los Reyes recibir tratamiento de don, revestirse con los títulos de Almirante y de Virrey, amayorazando todo ello con hereditario vínculo en sus herederos y sucesores, hasta la última generación. «Así, habla Colón, que después de haber echado fuera todos los judíos de todos los reinos y señoríos, en el mismo mes de Enero, mandaron vuestras Altezas á mí que con armada suficiente me fuese á las Indias; y para ello me hicieron grandes mercedes y me anoblecieron que dende en adelante yo me llamase don, y fuese Almirante mayor de la mar Oceana, é Visorrey é Gobernador perpetuo de todas las Islas y Tierra Firme que yo descubriese y ganase y de aquí adelante se descubriesen y ganasen en la mar Oceana, y así sucediese mi hijo mayor, y así, de grado en grado, para siempre jamás.»

Con leer la Introducción al *Diario* hay de sobra para persuadirse á la estimación merecida por su autor, cuyo talento telescópico para ver lo sobrehumano y lo misterioso no empecía, no, al talento microscópico para ver y estudiar los más vulgares provechos. Pero el *Diario* no sólo sirve al conocimiento de los móviles que determina-

ron la obra; sirve al conocimiento del desarrollo que la obra tuvo cada día. Los tres primeros de navegación aparecen felicísimos. Habiendo salido el viernes, en sólo un día, en el domingo subsiguiente, anduvieron, contado el andar en leguas castellanas, muy cerca de medio centenar. Mas, al cuarto día, la *Pinta* corrió peligro por desperfectos en el timón; y aunque, atentísimo á su deber, llegó á estar muy al habla el Almirante con ella, no se atrevió á socorrerla por temor á un choque, facilísimo en el viento que soplabá y en el oleaje batido por ese viento. Las resistencias y las dificultades por todas partes al paso suelen surgir en cada obra capital de nuestro espíritu; y cuando no bastan las opuestas por la realidad, impura siempre, sobrevienen las opuestas por nuestra misma razón y nuestro mismo pensamiento. Los dos armadores, Quintero y Rascón, cuyo era el barco, debilitaron adrede su gobernalle, para que, maltrecho y desgovernado, no pudiera perderse, cual en su concepto se perderían los otros dos por las procelas y tempestades del mar tenebroso. Antes de partirse habían opuesto los antedichos al viaje reveses y grisquetas. Fió Colón la compostura del barco á la maestría de su consumado capitán, Martín Alonso Pinzón, quien ocurrió á ello provisionalmente, pues la grande avería demandaba cuidados superiores á los que pueden procurarse allá en las soledades inmensas de alta mar. No hubo más remedio sino dirigirse hacia Canarias. Y como el 7 de Agosto faltase de nuevo el timón, adobáronlo y anduvieron en demanda de Lanzarote. Pero, habiendo andado muchísimo, no sabían el 8

dónde se hallaban, y hubo entre los pilotos marejada de disputas, únicamente apaciguadas por la ciencia náutica del Almirante, quien les aseguró estaban en el archipiélago de las Afortunadas. Y, en efecto, abordó en Lanzarote, y de Lanzarote pasó á la isla llamada Gran Canaria; y de la isla llamada Gran Canaria tuvo que ir á la Gomera; y de la Gomera que volver á la Gran Canaria nuevamente. Su primer idea fué armar otra carabela, vistos los desperfectos experimentados por la *Pinta*. Y en busca de ella requirió la Gomera, sin poder encontrar la nave apetecida. Así, tuvo que reducirse á cambiar el timón de la *Pinta* y el velaje de la *Niña*. Con buen gobernalle aquélla y ésta con velas cuadradas, en vez de triangulares, pudieron á una continuar la expedición. Y urgía, en verdad, continuarla, pues con suma insistencia se aseguraba por la generalidad una bien triste cosa: la estada en senos del islote último canario de una escuadrilla, por el Rey de Portugal armada, y en los postreros confines del mar conocido entonces apercebida con empeño á impedir el paso de Colón. Pero, por mucho que la incansable actividad y constancia del descubridor pudiera esforzar y aun violentar el trabajo, entre reparar averías y proveer raciones pasó un mes entero. Por fin, el 6 de Septiembre dejaron á su espalda los exploradores el mar conocido y entraron en el desconocido mar. Abriendo camino, la *Pinta* navegaba; seguía de cerca la *Santa María*, con sus insignias de gobierno, y seguía detrás de ésta la *Niña*; pareciéndose aquella navegación verdaderamente á un poema vivo, y las dificultades encontradas al paso pare-

ciéndose también á los genios suscitados contra los héroes de todo poema clásico por aquellos dioses adversos, representantes simbólicos del mal, connaturalísimo á nuestra contingencia y disuelto, como sutil venenoso miasma, por toda la creación.

¡El mar! Cosa fácil ahora, tras la exploración de todos los océanos y el sondeo de todos sus abismos, tras la visita de todos los rincones del planeta; con las cartas de marear exactas; vencidos los vientos contrarios por la máquina de vapor; domesticado el titánico Leviatán hasta convertirse de gigantesco marino monstruo en cómodo paquete; la noche ahuyentada por haberse trocado el homicida rayo en suave luz argentea; encendido un faro sobre la cabeza de cada cíclope, antes dispuesto á expirar huracanes y gozarse desde sus cabos inclementes en atisbar los naufragios continuos; cosa fácil disminuir la grandeza del descubrimiento de América y poner hecho tan extraordinario entre los azares felices de la suerte y los premios de lotería enviados por la fortuna y por la casualidad arbitrariamente á sus felices y mimados predilectos. Por esto mismo, por la dificultad invencible de colocarse los que historian donde se hallan los que viven y luchan, aparece como un triunfo mágico de la evocación el relato de los hechos transcurridos y pasados hace tiempo, en circunstancias opuestas á nuestro modo de ser, con un medio ambiente de creencias y de ideas generales más difíciles á la comprensión nuestra que los antiguos terrenos geológicos, los cuales, aunque yertos y fosilificados, aún se presentan de alguna manera especial á nues-

tra consideración y á nuestra vista. No se puede medir la grandeza del proyecto, sino con el cálculo de las varias supersticiones que reinaban en aquel tiempo. Acto de verdadero heroísmo lanzarse á un mar conocido; imaginaos lo que sería lanzarse á un mar ignorado. Ver la expedición en un siglo, como el siglo décimoquinto, desde las ventajas ofrecidas á las expediciones por los progresos de cuatro consecutivas centurias, es como ver la tormenta marítima y el horrible naufragio desde la segura tierra firme, dentro de un cómodo y bien aderezado castillo alzado entre jardines y bosques en el tope de las dunas, para que sus dueños contemplen los espectáculos oceánicos. El mar conocido, el mar explorado, el mar habitual á nuestros ojos, representa siempre un desierto, movable y cambiante si queréis, como líquido, pero al cabo desierto, interrumpido por el ave marina que lo riza con sus alas y por el pez que lo desflora con su cabeza. Á las pocas brazas ya está en sus senos el abismo y en sus abismos la eterna noche. Mundo inferior, no podemos respirar en él nosotros, pues nos amenaza por todas partes con ahogos y asfixias. Á pesar de tanta vida como tiene, sólo nos reserva la muerte, si á él nos entregamos; y á pesar de tantas aguas, sólo sirve para exacerbar y recrudecer nuestra sed. La noche, y el abismo, y el silencio, por abajo: he ahí lo que nos guarda el elemento líquido. Así comprendemos que los occidentales del siglo séptimo creyeran abortos del infierno á los normandos paridos por la tempestad en sus costas, puestas á saco por aquellos piratas. Delante del Océano se habían hasta el Renacimiento

detenido los pueblos. No se atrevieron, á pesar de sus varias navegaciones, mucho con él, ni los fenicios, ni los cartagineses, ni los griegos, atentos á la costa en sus más atrevidas circunvalaciones. El árabe mismo, tan dominador del Mediterráneo, le huyó espantadísimo. Al ocaso de las Canarias había un gigante que jugaba con los barcos á la pelota. El silbido de los vientos del mar, que parecen arremolinarse para dar al traste con la tierra, pone miedo en el más atrevido y animoso. El fragor de la ola, encrespada y batida por el huracán, aterra. Y no decimos nada de las mareas fuertes, de los desagües tumultuosos, de las espirales traidoras, de los azotazos eléctricos, de las trombas horribles, de los desatados huracanes. El que no ha visto una cordillera de olas, coronadas por crestas de hirvientes y alteradísimas espumas, desde los hondos surcos donde la nave se sumerge al descender entre torbellinos á lo profundo, y no ha oído el fragor de los diluvios y el estruendo de los rayos, desprendiéndose desde las tormentosas alturas, no ha visto el infierno frente á frente.

Ningún campo de batalla, ninguno, adolora y aterra, como adolora y aterra el naufragio, porque hay una gran diferencia para nuestro cuerpo, entre caer sobre la tierra de donde provino, como de una madre, y caer bajo la muda é incansable voracidad de los peces, todos enemigos. Hasta las nubes, amigas en los campos del hombre, se asemejan, cuando en la mar se congregan y anuncian la tormenta, de suyo á gigantescas aves rapaces, venidas desde otro mundo apartadísimo á devorar el